

Jorge Oporto Rodríguez

29-oct-1949 : 16-nov-2021

San Alfonso María de Liguorio, doctor de la Iglesia Católica, dejó un valioso escrito en el siglo XVIII donde decía que podíamos tener completa certeza de sólo dos cosas en la vida: 1) que vamos a morir, y 2) que no sabremos cuándo. Por esto mismo, en su escrito este santo recomienda estar preparado para la muerte. Pero, agrego yo, no sólo una persona en particular ha de prepararse para su propia muerte, sino también, para esa muerte, lo han de estar sus familiares y amigos.

Desde niños nos han enseñado a vivir, lo que deberíamos hacer cuando grandes, cómo comportarnos con los demás y otras cosas, pero nunca nos enseñaron a morir, no obstante la muerte es tan natural como la vida. Por eso, cuando ocurre en un ser querido nos apenamos profundamente. Y, claro, hoy estamos apenados.

Con Jorge, Coke como le decíamos, nos unió una amistad por 53 años. Partió en la Escuela Naval, siguió durante nuestra larga vida de marinos, cursamos la misma especialidad, ingeniería naval mecánica, y, ya retirados de la Armada, seguimos siendo amigos hasta el final. Fue una gran persona y tuve el privilegio de ser su amigo.

En nuestro curso, unos más unos menos, todos conocemos las grandes cualidades que mostró Coke. Buen alumno, buen amigo, excelente profesional, deportista. Pero ahora quiero destacar otras que me parecen marcaron su conducta y proceder durante su vida.

Solidario. En marzo de 1965, hubo un gran terremoto en el país que causó serios daños al edificio de la Escuela Naval. Como una manera de aminorar el problema, el director de la escuela autorizó a los cadetes de la zona para que fueran a dormir a sus casas. Coke no dudó un minuto y pese a que no conocía bien a sus compañeros de curso, pues sólo habían entrado a la escuela algunas semanas antes, llevó a un grupo de ellos en su casa.

Acogedor. Mientras era cadete, varias veces ofreció su casa para distintas fiestas. Ayer, cuando se le hizo el responso, un compañero de curso me contó que precisamente en una de esas fiestas conoció a la que es hasta hoy es su mujer. Más adelante, como alumnos de la Escuela de Ingeniería o, después, de la Academia de Guerra, era frecuente ir a su casa a estudiar o para hacer trabajos de grupo. Ni qué decir de las innumerables veces que él y Alma invitaban a su casa, sea a un almuerzo o a la noche a una rica comida, donde junto a otros matrimonios se pasaba un rato tan agradable. Hace tan sólo un mes atrás, aún con su salud ya muy quebrantada, quería que un almuerzo de curso que habíamos planificado, se hiciera en su casa. Así de acogedor era.

Respetuoso. Siempre tuvo cuidado de no ofender ni hablar mal de alguien. Y es por eso que se ganó las simpatías de todos. Era amigo de todo el mundo, todos lo querían, y esto, en un curso de 78 personas, es algo poco común.

Tenía entereza. Quizás siguiendo el deber kantiano de hacer feliz a los demás, nunca lo escuché quejarse de sus dolencias, sino todo lo contrario. Cada vez que hablábamos después que se quebró la cadera, me contestaba que estaba muy bien, mejorando cada día. Incluso una vez, con mucho entusiasmo, mandó una foto al chat de whatsapp del curso donde aparecía completamente erguido, pues quería que lo viéramos en buen estado. La última vez que lo vi, en su casa, celebrando su cumpleaños 72, caminaba lento, sonreía y hablaba muy bajo. Ya más tarde, un grupo nos juntamos en el living, me senté a su lado y hablamos. Sin embargo, en ningún momento me hizo referencia a su estado de salud, al revés, mostraba mucho entusiasmo en la conversación en general. No me dijo que esa mañana había tenido que ir a la clínica porque estaba muy mal. Un par de días después cayó al hospital para no levantarse nunca más. Así de mal estaba el día de su cumpleaños.

Buen padre de familia. Con Alma formaron un lindo matrimonio que alcanzó 48 años, marca que hoy para muchos es el logro solamente de una rara avis. De este matrimonio nacieron sus 4 hijos, Alma, Macarena, Jorge y Joaquín. Coke, con un indisimulado orgullo, siempre me hablaba de sus hijos. Desde las proezas de natación de Joaquín hasta los records y marcas académicas de sus hijos ya universitarios. Y con justa razón, pues esos cuatro hijos se convirtieron en excelentes profesionales, algo que desesperadamente necesita tanto este país.

Se dice que cada persona tiene una misión que cumplir en su vida. Por algo una pregunta recurrente entre los pensadores es *para qué estamos en este mundo*. Los creyentes podremos decir que Dios llama a los que ya cumplieron su misión y que su ejemplo sirva a otros a cumplir también con la suya. Podemos inferir entonces que nuestro amigo Coke cumplió su misión en este mundo, partiendo, claro está, antes de lo que hubiéramos querido, pero nos heredó valiosas lecciones que aprender.

Estamos tristes, ciertamente, pero, afortunado nosotros que lo tuvimos como compañero de curso, afortunado su hermano Roberto que vivió con él en familia, afortunados sus nietos que lo tuvieron de abuelo, afortunados sus cuatro hijos que lo tuvieron de papá, afortunada Alma que lo tuvo de marido. *Dei gratia*.

Dios lo da, Dios lo quita, bendito sea el nombre del Señor.

Querido amigo Jorge, descansa en paz.

Viña del Mar, 18-noviembre-2021.

Juan Chales de Beaulieu Montero